

---

## Capítulo XV.

---

Donde se vé á Moteczuma abatido por completo.

No creyó oportuno Hernan Cortés llevar á Méjico, aquel numeroso ejército que la victoria le habia proporcionado.

Encargó de nuevo á Gonzalo de Sandoval que custodiase la colonia de Veracruz, y despues de dejarle bastantes hombres para que cuidasen de las naves y para que velaran por la seguridad de la colonia, pasó revista á los soldados que le quedaban.

Formaron delante de él, en la gran esplanada de Zempoala, mil infantes y cien ginetes.

Envió á Juan Velazquez de Leon con doscientos hombres á explorar la provincia de Panuco, que se habia levantado y que convenia someter á su obediencia.

Hernan Cortés envió un indio zempoale á Pedro de Alvarado para que le anunciase su próxima llegada y el triunfo que habia obtenido de Pánfilo de Narvaez.

Acto continuo dió la orden de partir á marchas forzadas, y esta orden fué recibida por su ejército con la mayor alegría.

A los dos dias llegó á Tlascala con todo su ejército, y su entrada en aquella ciudad fué una nueva ovacion.

El presidente del senado, Magiscatzin, hospedó á Hernan Cortés en su casa.

Los demás senadores imitaron su ejemplo con los capitanes, y tambien alcanzó la prodigalidad de los tlascaltecas á los soldados.

Hernan Cortés, conociendo que necesitaba refuerzos para asegurar el triunfo en Méjico, refirió á Magiscatzin las noticias que habia tenido y sin pedirle auxilio le inspiró la idea de ofrecérsele.

Los tlascaltecas odiaban á los mejicanos, y deseaban su ruina.

El senado de Tlascala resolvió reunir el mayor número de tropas posible, con ánimo de ponerlas á las órdenes de Hernan Cortés, porque le halagaba en extremo la idea de que perdiese en importancia la ciudad de Méjico, que era en aquel vasto país la que proponderaba.

Hernan Cortés, despues de haber despertado aquel deseo en los tlascaltecas, cuando le ofrecieron crecido número de hombres para que le ayudasen en su empresa, se negó á aceptar su concurso, asegurando



que bastaban las tropas que llevaba para triunfar de los mejicanos.

Los tlascaltecas insistieron, y Hernan Cortés, simulando que por no desairarlos aceptaba las fuerzas que le brindaban, sólo consistió que se unieran á él dos mil tlascaltecas.

No pudiendo detenerse, continuó la marcha con aquel refuerzo.

A pesar de las noticias que tenia y de las fuerzas con que cotaba, no era su ánimo entrar en Méjico en son de guerra.

Por el contrario, deseaba la paz, y su proponia, si los españoles habian dado motivo á que se rompieran las hostilidades, hacer una transacion decorosa con los mejicanos.

Llegó á Méjico el dia de San Juan, sin que hubiese encontrado en el camino obstáculo alguno.

Las noticias que le daban eran en extremo contradictorias.

Al llegar pudo convencerse de que habia cambiado por completo la actitud de los mejicanos.

Atravesó con su tropa la laguna, sin que encontrase oposicion de ningun género.

Pero vió deshechos y quemados los dos bergantines que habia dejado allí.

Halló desiertos los arrabales, destruidos los puentes que servian de comunicacion á las calles de la ciudad, por la parte que eligió para entrar, que era la más próxima al cuartel de los españoles, en medio de un silencio que tenia mucho de fúnebre.

Seis dias habian trascurrido desde el famoso de la fiesta de los mitotes.

En todo este tiempo no se habian visto obligados los españoles á salir á buscar viveres, porque tenian provisiones; y los mejicanos no les habian atacado, porque conocian lo inútil de cualquiera tentativa, y esperaban que la necesidad les obligase á salir á las calles para batirse entonces con ellos.

Supieron que se acercaba Hernan Cortés, y entonces fué cuando acordaron destruir los puentes y quemar las embarcaciones.

El bellissimo panorama que ofrecia la ciudad de Méjico estaba cubierto de una negra nube.

No veian los españoles aquella hermosa ciudad entonces de la misma manera que la vieron por la primera vez.

Aquel fúnebre silencio que reinaba en todas partes, aquellos puentes rotos, aquellas casas cerradas, todas aquellas medidas indicaban el recelo, el odio, el proyecto de una lucha cuyas consecuencias no podian calcularse.

Los soldados de Pánfilo de Narvaez que llevaba á sus órdenes Hernan Cortés, admiraron la belleza del paisaje, y se mostraron deseosos de entrar cuanto antes en la ciudad.

Hernan Cortés, observado cautelosamente por sus enemigos, llegó al cuartel, y apenas le descubrieron los españoles, prurumpieron en gritos de alegría, abrieron las puertas y las ventanas, y salieron al encuentro de sus hermanos.



Todos se abrazaron con efusion y los recién llegados comunicaron su alegría á los que veían acercarse el momento de perecer sitiados por hambre.

Motezuma, que estaba sobrecogido, sin saber qué partido tomar, y deseando más que nada la llegada de Hernan Cortés, apenas se informó de su arribo, salió con los pocos criados que le acompañaban hasta el primer patio.

Tendiendo sus brazos al caudillo de los españoles con verdadera efusion, y derramando lágrimas de alegría, porque no dudaba que Hernan Cortés pondría término á aquella lucha, que ya habia herido de muerte su corazón por la inmensa tristeza que le habia producido:

—Bien venido seais,—exclamó;—bien venido seais vos, que venís á devolver la paz á mi reino y á facilitarme los medios de hacer entender la razón á mis servidores, y á castigar á los díscolos que han incitado á los mejicanos contra mi voluntad á romper las hostilidades con mis amigos.

Hernan Cortés, que no esperaba hallar tan rendido al emperador, dominado por un natural exceso de amor propio, sin aceptar los brazos que le tendía Motezuma:

—Antes de corresponder á vuestro saludo,—le dijo,—necesito averiguar la verdadera causa de lo que aquí ha pasado, porque si no habeis tenido bastante energía para reprimir á vuestros vasallos, yo necesito reemplazaros y enseñarles á tratar con comedimiento á los españoles. Si habeis fomentado la

insurreccion, no pueden existir relaciones amistosas entre nosotros dos.

Motezuma sintió aquel desaire; pero no era ya ni su sombra.

—Averiguad la verdad,—le dijo,—y os convenceréis de mi lealtad.

El emperador se retiró á su aposento profundamente consternado.

Meditando en sus desventuras estaba, cuando sus servidores fueron á avisarle que habia alojado Hernan Cortés en el cuartel más de ochocientos hombres, y que habia noticias de que en los alrededores de la ciudad tenia á sus órdenes dos mil tlascaltecas.

—Esa es la causa,—exclamó Motezuma,—del desprecio con que me trata.

¡Oh!... Yo me tengo la culpa de todo lo que me sucede.

Me he dejado dominar, y ya es tarde para romper las cadenas

Abandonado de mi pueblo, despreciado por el hombre á quien he sacrificado todo mi prestigio, sólo me queda asistir al horrible espectáculo de la destrucción de mi pueblo, para buscar despues una sepultura entre sus ruinas.

Aunque era tarde, y sin hablar con Marina, no quiso Hernan Cortés descansar sin averiguar antes todo lo que habia sucedido, y al efecto llamó á Alvarado y á los oficiales que habia dejado en su compañía, y en presencia de los que le acompañaban le interrogó.



Apenas se enteró de lo que había acaecido, reprendió fuertemente á Pedro de Alvarado por haber aventurado el éxito de la lucha, y no haberse quedado en el cuartel para defenderle, que era, dada la escasez de tropa con que contaba, el partido que aconsejaba la prudencia.

—Conozco que he obrado con ligereza,—contestó Alvarado; pero ¿qué quereis? Llegué á figurarme por un momento que nuestro arrojo desbandaría á esa gente.

—No nos conviene luchar con ellos, y por mi parte; aunque hoy, gracias á la Providencia, tengo fuerzas bastantes, no sólo para atacarlos, sino para vencerlos, deseo la paz, y he de poner los medios de obtenerla.

—Uno se me ocurre por de pronto,—dijo Alvarado.

Vuestra bondad hácia mí os impulsa á perdonar mi ligereza.

Yo os lo agradezco, y bien sabeis que si los hechos no han correspondido á los deses no ha sido, por culpa mia.

Pero si me arrestárais, si apareciera yo castigado á los ojos de los mejicanos, tal vez vendrian ellos mismos á proponeros la paz, y quedaríais satisfecho.

—De ningun modo,—exclamó Hernan Cortés;—eso seria debilidad.

Bien hecho está lo hecho.

Si os he reprendido por haber sido arriesgado, no

puedo ménos de reconocer vuestro valor y de aplaudirle.

Las noticias que teniais de los proyectos de los conjurados eran suficiente motivo para que tomáseis la resolucion que habeis tomado.

Yo defenderé vuestra conducta y pediré explicaciones.

Esto es lo que cumple á los que como nosotros sienten en su alma la fé de cristianos y el valor de los caballeros.



---

## Capítulo XVI.

---

El pecado de Eva.

Al lado de las escenas que tenían lugar entre los españoles y los mejicanos, sucedían otras íntimas familiares, por decirlo así, de las cuales no debemos privar á nuestros lectores, porque no hacemos una historia árida y severa, sino que ampliamos la de la conquista de Méjico, recogiendo los detalles que los historiadores han dejado á un lado, como de escaso interés.

Marina, que habia educado su alma en el trato de los españoles, entusiasmada al ver que poseía el amor de un héroe, de un hombre como Hernan Cortés, cuyo prestigio habia llevado á cabo tan portentosas hazañas, se sentía dominada por una inmensa ambición. ¿Quién hubiera dicho que la pobre niña, que ar-

rojada con su familia por los españoles de Santiago de Cuba, se creía dichosa al haber hallado un asilo en tierra extranjera?

¿Quién la hubiera dicho que más tarde, despertando una pasión en el alma de un hijo del sol, no habia de contentarse con ser la favorecida del héroe?

Porque, en efecto, Marina, que habia acompañado paso á paso á los españoles, que ni por sueños habia pensado en poder ser en Méjico objeto de consideración, abundando en las ideas ambiciosas de su amante, consideraba como su bello ideal la conquista de aquel imperio, para ser en él soberana estrechamente unida para siempre con su amante.

Ignoraba Marina los lazos que le ligaban á Hernan Cortés, y le impedían que realizase sus proyectos.

Ni siquiera se le habia ocurrido imaginar que hubiese amado á otra mujer antes de haberla conocido á ella.

Pero no por eso dejaba de sentir celos cuando alguna india le parecia capaz de poder fascinarle.

Ya hemos visto cuál fué la conducta que observó respecto á Guacalcinla.

Después de haber soñado tantas venturas, la idea de perderlas, la idea de no realizarlas, producía en su alma un inmenso pesar.

Hé aquí por qué razón instintivamente iba formando en torno de Hernan Cortés una especie de lazo, para que en ningún tiempo, ni por ningún motivo, pudieran disiparse sus esperanzas.



Durante la ausencia de Hernan Cortés, Pedro de Alvarado, que sentia una especie de humillacion al ver que Marina le dominaba, quiso defenderse de aquella dominacion y al mismo tiempo vengarse de sus desdenes, sembrando en sa alma la desconfianza.

Hubo un momento en el que, conversando los dos tuvo Alvarado la oportunidad de despertar sospechas en el corazon de Marina.

—¿Cómo me has engañado!—le dijo.

—¿Engañarte yo! ¿Por qué dices eso?

—Me aseguraste un dia que no amabas á Hernan Cortés, que deseabas vengarte de él

—¿Y quién te ha dicho que te engañaba?

—Pues qué, ¿no hemos llegado á Méjico? ¿No has tenido ocasion de realizar aquellos planes que fingias?

—¿Por qué no lo has realizado?

—No ha llegado el momento.

—Ni llegará nunca, porque la verdad es que tú amas á Hernan Cortés.

—Y si así fuera, ¿podria alguien oponerse á este amor?

—¿Tan dueña de él te crees?

—Figúrate por un momento que le amo, y no lo dudarás.

—¿Y quién te ha dicho que él corresponde á tu amor? ¿Quién te asegura que no eres para él un pasatiempo, un capricho, una ilusion?

—Si yo quisiera le tendria en mi poder.

—Hoy estás tú en el suyo.

—Nada más fácil para mí, si quisiera, que ser su esposa.

—Y ¿quien te ha dicho que Hernan Cortés no tiene en su patria una esposa, que impidiera que tú lo fueses?

Marina no contestó.

Era la primera vez que pensaba en aquello.

Herida como por el rayo:

—No hablemos de eso,—dijo.

Y se separó de Alvarado.

Pero desde entonces no cesó de sentir aquel dardo de las palabras imprudentes de Alvarado.

Con el objeto de tener un buen espía, se habia mostrado sumamente afable con Ilbialbi.

Este, que prendado desde el primer momento de la hermosura de la jóven, no se habia atrevido á imaginar que pudiera ser objeto del aprecio de Marina, al ver la insistencia con que le buscaba y la confianza que hacia de él, llegó poco á poco á soñar en poder conseguir su amor, y de ilusion en ilusion llegó hasta hacer á Hernan Cortés la confianza y la súplica que recordarán nuestros lectores.

Marina le dió, al partir con Hernan Cortés, cuando el caudillo salió en busca de Pánfilo de Narvaez, el encargo de observarle de cerca y de decirle todo cuanto descubriera referente á su persona.

Ilbialbi supo por los soldados de Pánfilo de Narvaez, y principalmente por Iñigo, que Hernan Cortés tenia una esposa y un hijo.

En tanto que el jefe de los españoles conversa-



ba con sus capitanes para averiguar los motivos que habian impulsado á Pedro de Alvarado á atacar á los mejicanos, Ilbialbi y la jóven india conversaban tambien.

Marina preguntaba á su confidente todo lo que habia sucedido á Hernan Cortés desde su salida hasta su llegada.

Ilbialbi refirió á la jóven todos los episodios del viaje, la sorpresa que habia preparado Hernan Cortés para atacar á su enemigo, los pormenores de la batalla y el triunfo que habia puesto á sus órdenes las tropas de su contrario.

Despues de entusiasmar á Marina con esta relacion:

—Tambien he averiguado,—le dijo,—una cosa que vá á sorprenderte; porque ni tú ni yo habíamos pensado en ella.

—¿Cuál?—preguntó la jóven.

—Hernan Cortés tiene en su país una esposa y un hijo.

Marina se inmutó.

Pero conociendo que no debia descubrir su secreto á Ilbialbi, convirtió á sus ojos en sorpresa lo que habia sido indignacion.

En efecto; aquellas noticias confirmaban las sospechas que habian despertado en su alma las palabras de Pedro de Alvarado.

Si eran ciertas, Hernan Cortés la habia engañado miserablemente.

Pero ¿cómo renunciar á su amor?

Marina se retiró, y lloró su amargura.

Ilbialbi estaba dispuesto á revelarle su secreto; pero ella se separó de él de una manera tan brusca, que le dejó consternado.

—Aguardaré,—se dijo Ilbialbi, frotándose las manos con la mayor alegría.

Entre tanto, Marina se desesperaba, sin saber qué partido tomar.

Temia, y deseaba pedir explicaciones á Hernan Cortés.

Preocupado el caudillo con los cuidados que la situacion exigia, despues de separarse de sus capitanes para reposar, se olvidó de Marina, y al dia siguiente, la misma preocupacion le hizo no echar de ménos su presencia.

Muy temprano, subió á la azotea de su palacio para observar la actitud de sus enemigos.

Todo estaba en silencio.

Más que una ciudad, parecia un cementerio la capital del imperio mejicano.

¿Qué significaba aquella conducta?

¿Dónde estaban los mejicanos?

¿Qué planes eran los suyos?

Un hombre como Hernan Cortés no podia permanecer tranquilo sin saber á qué atenerse, é inmediatamente ordenó á Diego de Orgaz que saliera con cuatrocientos hombres, en su mayor número tlascaltecas, á reconocer las calles próximas al cuartel, para observar á los mejicanos y provocarlos al combate, si era preciso.



Instantáneamente fueron cumplidas sus órdenes. Aunque aquel movimiento de exploracion le arrebatare algunos soldados, era preferible esta pérdida á la ansiedad de la duda.

La jornada era peligrosa.

Veamos lo que sucedió.

---

## Capítulo XVII.

---

### Otro combate.

Avisados los tlascaltecas, era tal el deseo que tenían de combatir con los mejicanos, á quienes profesaban un ódio tradicional, que se aprestaron gustosos á obedecer el mandato de su jefe.

Diego de Orgaz, completamente identificado ya con Hernan Cortés, y resuelto á ayudarle en la empresa que habia acometido, para dar ejemplo á su jefe, se puso á la cabeza de la columna con diez soldados, y entre ellos uno de los recién llegados, que debia aquel día enaltecer su nombre hasta el punto de que la historia lo conservase á la posteridad.

Detrás iban los cuatrocientos tlascaltecas, armados con sus flechas, mazas y lanzas.

Salieron por la puerta principal del palacio, y an-